

En fin, María, no entro en mas reflexiones sobre una politica que no nos atañe, y únicamente te he querido hacer una ligera reseña de la entrada de Amadeo á Madrid y de la ovacion con que le obsequiaron los españoles, pintando como de paso los manejos que emplearon ántes y despues con él la prensa conservadora y muchos individuos de las diversas clases de la sociedad.

Yo sigo hablando de otras cosas que podrán llamar mas tu atencion y que leerás en la siguiente. Adios.

Madrid, Noviembre 15 de 1870.

MARIA ESTIMABLE:

Dos meses completos hace que te dirigí mis letras, hablándote de mis primeras impresiones en esta ciudad.

Hoy que llevo ese mismo tiempo, que he visto algo mas y que he rectificado mi juicio sobre varios de los objetos que te mencioné, puedo referirte mayor número de circunstancias y de episodios que acontecen en una ciudad que se visita por primera vez.

En primer lugar debo decir, que como mi principal norte al venir á Euro-



pa ha sido mi adelanto en las bellas artes, y como aquí hay sobrados elementos para conseguirlo, traté de aprovecharlos, entrando á estudiar á la Academia de San Fernando por la mañana y por la noche, y el resto del día voy á sacar algunas copias de cuadros clásicos al Museo.

Sin embargo del tiempo que dedico al estudio, me sobran algunas horas para ir al paseo y al teatro algunas noches, por lo que paso la vida agradablemente y no echo ménos la que pasaba en Paris, paseando todo el día.

En mi anterior ofrecí darte algunos pormenores sobre las cosas mas notables que vea en esta ciudad, y voy á cumplirlo.

Hablarémos primero del Museo, que es seguramente lo que debe interesarte mas.

El Museo de pinturas de Madrid tiene fama de ser, si no el primero de Europa, uno de los primeros, por su escogida y numerosa coleccion, en la que

están representados todos los pintores mas notables del continente europeo.

El del Louvre en Paris, es tal vez el mas completo; porque si no tiene, como el de Madrid, su coleccion escogida y representados á todos los artistas eminentes, en cambio, en la suya, están manifiestas todas las épocas del arte, desde la de 1100, y en cada una se notan los pasos que ha ido dando el arte y sus progresos, su mayor altura y su decrecimiento.

El Museo de Madrid no posee las selectas colecciones de croquis de todos los maestros, en los que se vé el procedimiento gradual que emplearon en la confeccion de sus obras hasta su total perfeccionamiento, como el del Louvre, que tiene sobre largos atriles, libros llenos de todos esos apuntes, que sirven eficazmente para que los artistas y principiantes, estudien y aprendan de la manera cómo interpretaron la naturaleza aquellos artistas eminentes.

Tampoco posee el Museo de Madrid



esa larga galería de pinturas y retratos al pastel de todas dimensiones, en la que se ven obras verdaderamente notables, como la tiene el Louvre.

En fin, como hablo del Museo de Madrid, debo concretarme solamente á él y á su bella coleccion; aunque no está por demás hacer una pequeña distincion de los caracteres peculiares de ambos, para que conozcas su diferencia y que cada uno posee su especialidad.

El interior del Museo del Prado, como le llaman mas propiamente, por estar ubicado junto á este paseo, está dividido en grandes salones y cada uno guarda separadamente una escuela, teniendo escrito el nombre de cada una de ellas sobre las puertas.

Allí se miran las escuelas francesa, española, alemana, flamenca, italiana, etc., etc., y en cada una figuran los mas remarcables artistas que se distinguieron en ellas.

En todos los salones se ven multitud de jóvenes de ambos sexos estudiando las obras maestras, y no faltan igual

mente artistas ya formados, nacionales y extranjeros, que estudian á Velazquez, Murillo, Rivera y á otros pintores españoles de reconocida fama.

Tampoco escasean los visitantes diariamente, tanto del país como de fuera de él, y de éstos surgen multitud de compradores de copias, que hay ya ejecutadas, ó las mandan tomar de los cuadros que mas les placen; y de esto resulta un movimiento comercial de cuadros, que da por resultado el provecho pecuniario de jóvenes y señoritas que obtienen de esta manera noble la subsistencia.

Al ver yo esto, decia: ¿por qué los gobiernos de México no protejen un poco el arte y erigen museos en la Capital y en algunos de los Estados, donde tienen ya elementos suficientes para erigirlos? De esta manera se difundiria el gusto en las masas, crearían tendencias por el arte y lo protegerían los potentados; la industria adelantaria tambien como ha adelantado inmensamente en estos países y hasta la moral se



morigeraria, desterrando esos vicios vergonzosos y degradantes que existen en muchos individuos, que no tienen idea de la belleza y de que la virtud entra muchas veces por la perfección de los objetos visibles, que rechazan lo imperfecto y lo que repugna al buen sentido.

¡Cuántos bienes surgirían de la creación de museos en la República de México: pues además de los mencionados, traerían el de que, habiendo más movimiento de arte, esa inmensa pléyade de artistas que ha producido la Academia de San Carlos y muchos de ellos de talento, mejorarían su situación, que hoy es precaria por la falta de protección del gobierno y de los particulares; se formaría una galería nacional de asuntos exclusivamente nacionales de los episodios de nuestra historia antigua y moderna hasta nuestros días, y no se perdería su memoria como indudablemente se perderá si no se pone el remedio.

La Academia de San Carlos posee

una colección más que suficiente para establecer un Museo Nacional de Artes y por lo tanto se necesita para erigirlo: un custodio en jefe y cuatro ayudantes para vigilar los objetos; condenar las puertas de las oficinas del estudio, para separar los salones y abrir una entrada para los alumnos por el callejón del Amor de Dios, verificar una apertura solemne para dar publicidad al Museo, y eso es todo.

Y después?

Grandes adelantos en el arte; difusión del buen gusto; provecho para los artistas mexicanos y honor y gloria al país y á sus mandatarios que supieron procurarles tanta reputación y felicidad.

Pero ya parece que te veo impaciente porque no te hago mención de algunos de los cuadros del Museo del Prado, y voy á darte gusto hablando de unos pocos, porque sería imposible hablarte de todos, supuesto que su número llega á 2,000.

Entrando al patio principal, después del peristilo, se ve colgada una colec-



ción de lienzos grandes ejecutados por Lucas Jordan, que representan pasajes del antiguo testamento. Otra vez te he hablado del estilo suelto y fácil de este pintor, así como que poseía la cualidad de imitar á Rubens ó á cualquier otro, simulando perfectamente su manera.

Al frente hay varias puertas y lo mismo en los costados; si se toma la del centro de aquel, se hallará el espectador en los salones de la escuela española y á derecha é izquierda se encontrará con algunos cuadros de Goya, de grandes dimensiones.

A los lados de la entrada, están colgados los retratos ecuestres en tamaño natural, de María Luisa y de Carlos IV, bellamente pintados y con esa verdad y soltura que caracteriza á este pintor; mas adelante, á la derecha, se ve el episodio del fusilamiento de los españoles por los franceses el día 2 de Mayo; en el muro del frente, la familia de Carlos IV, que es seguramente su mejor obra por la singular facilidad que se nota en la ejecución, pues pare-

ce pintada en un día. Las carnes, las ropas, los tocados, adornos de oro, joyas y tul, causa placer mirarlos, porque todo es fluido, bien enlazado, natural y que con un giro de pincel fué ejecutado.

Mas arriba de estos cuadros, á uno y otro lado, se ven dos de grandes dimensiones: uno representa el hambre en Madrid, cuando entraron los franceses, y el otro, un episodio de la historia romana. Ambos cuadros son de la época de la decadencia del arte y bien lo manifiestan por su estilo barroco y amanerado.....

Parece que voy traspasando la ley que me impuse de no hablar ordenadamente ni de todas las pinturas, porque estoy enumerando una á una las que están á la entrada del salon; pero me voy á enmendar diciéndote que si se va caminando paso á paso en él, á uno y á otro lado se vá encantando con las perlas de Velazquez en los retratos ecuestres de Carlos IV y del Conde Duque, y en su Cristo muerto; mas



adelante se vé á Rafael en el Pasmio de Cicilia, en la Virgen de la Rosa, en la de la Perla; junto está El Niño en el templo, por Pablo Veronés, cuadro de grandes dimensiones; mas allá los Profetas y Apostóles en la gloria, por Ticiano, y un retrato de Carlos V pedestre, por el mismo; mas allá..... pero, ¿de qué sirve que enumere los cuadros que hay en este salon si no los ves ni se puede hacer un análisis de ellos, porque sería traspasar los límites de esta carta y darle el carácter de una revista?

Baste mencionarte que en los ratos de descanso, recorro algunos salones y me extasio ante los bellísimos cuadros de los grandes pintores que figuran en ellos, fijándome especialmente en los que son de mi devocion, como en Velazquez, que me encanta con su cuadro de Baco coronando á los borrachos; en las Meninas, en donde se ve al mismo artista condecorado por Felipe IV; en la Herrería y en otros varios. Vuelvo la cabeza á otra parte y veo

un gran cuadro que representa el martirio de San Bartolomé, ejecutado por Rivera. ¡Oh! aqui es necesario caer de rodillas ante el magisterio y la fiera con que está pintado: esa figura desnuda del santo desafia al mismo natural por su correccion anatómica y sus formas modeladas con maestria. El color en general y el movimiento de los sayones, es admirable y convida á estar horas enteras contemplando este precioso cuadro.

¿Y qué diremos de un San Gerónimo del mismo pintor, que está con una pluma alzada revisando lo que ha escrito? que es de carne; que esas arrugas y esos huesos que se traslucen á través de la piel del viejo, son la naturaleza pura y colocada sobre la superficie de la tela.

¡Oh! y las tres gracias de Rubens; y el juicio de París, en donde están Venus, Juno y Palas esperando á quién toque la manzana como indicacion de ser la mas hermosa! En esos dos cuadros de mujeres desnudas, se vé hasta



dónde llegaba Rubens en esa inmensa facilidad que poseía para depositar el color sobre la tela, que parece que iba dejando la carne fresca y mórbida de las diosas, á través de cuya epidermis se ve la sangre. Esa facilidad del padre de la escuela flamenca está demostrada en el número infinito de cuadros que se miran en todos los museos de Europa, en las iglesias y casas de los particulares: de los demás pintores se miran en todas partes, de uno á seis cuadros cuando mas; Pero de Pedro Pablo Rubens, veinticinco ó treinta. Aquí, por ejemplo, habrá colgado ese número, y en el Louvre en París puede haber otros tantos, y de cuadros colosales que representan la vida de María de Médicis.

En el tiempo que llevo de estar sacando copias en el Museo, he tomado la de una Herodías del Ticiano, que lleva por alto un platon de metal con la cabeza de San Juan Bautista; la del San Gerónimo, de Rivera; la de un San Andrés, del mismo, y comienzo á hacer

la de la Virgen del Rosario, de cuerpo entero, con el niño en el regazo, de Murillo.

Por las mañanas estudio el natural desnudo en la Academia de San Fernando, bajo la direccion del señor don Federico Madrazo, y en la noche la del desnudo, igualmente en creyon, bajo la del Director general don José Rivera, ambos señores son de un carácter en extremo amable, y á mi me profesan singular aprecio y distincion.

Es necesario que te hable ya, María, de otra cosa que no sea de pintura para que no te fastidies leyendo sobre un mismo tema.

Dias pasados me llevó un amigo á visitar el Museo de artillería y quedé encantado de las preciosidades que contiene: allí se miran las armas de todas las épocas en piezas de artillería, fusiles, pistolas, y espadas; entre todas estas piezas se ven las de los guerreros mas notables que ha producido la España en sus guerras memorables, desde las de los moros hasta la batalla de Lepanto



y otras posteriores. Pero lo que mas me agradó fué el gran salon, donde estan colocadas sobre manequies de caballos y de hombres, en el mejor orden y con simetría, las armaduras de templado acero, los cascos, los broqueles, las finísimas mallas de encaje y las armaduras que cubrian los caballos de la cabeza á los piés.

El conserje nos mostró la armadura que perteneció al Cid, la de don Pedro el Cruel, la de Felipe II, la de Felipe IV, y así de otros personajes históricos que no recuerdo.

Al ver todas aquellas armaduras que habian defendido los cuerpos de hombres tan esforzados, no podía yo ménos de retroceder á aquellos tiempos caballerescos y admirar á los colosos que pudieron soportar, no ya las libras, sino las arrobas de acero y fierro como llevaban encima; las espadas que nosotros apenas podíamos abarcar y soportar con las dos manos. No hay duda, decía á mi compañero, aquellos hombres eran de otra masa, su alma de otro

temple, y por eso se refieren de ellos acciones tan heróicas y se trasladaron á otros mundos á imponer la conquista.

De ese Museo de armas fuimos al Ministerio de Fomento para ver los cuadros de los pensionados que con ellos habian obtenido la pension de Roma ó el gran premio en las exposiciones internacionales de Paris.

Allí tuve el gusto de contemplar el gran cuadro del Testamento de Isabel la Católica, pintado por Rosales, y que en la Exposicion de 67 se saco el gran premio de honor; ví un mendigo de cuerpo entero, por Tusquets, compañero mio en Roma, y otros muchos cuadros, todos de artistas españoles, estudiando en Roma, ó vueltos ya á su patria.

La galería de cuadros de la Academia de San Fernando, contiene varios de gran mérito: hay dos ó tres de Murillo de grandes proporciones; algunos de Goya y de otros pintores para mí desconocidos. Tanto en la línea de pinturas como de estatuas de yeso, es mé-



nos rica esta Academia que la de México, lo mismo que en oficinas de estudio. Tampoco existen los ramos de ambos grabados, anatomía, perspectiva, etc. que en la nuestra se enseñan y tienen también sus galerías especiales.

Los directores de pintura y escultura de la Academia de México, decían varias veces, que ésta era superior á todas las de Europa, tanto por sus colecciones como por los diversos ramos que se enseñaban en ella. Cuando esto oía decirles, suponía que era porque la organización de nuestra academia era obra suya; pero más tarde me he convencido de que tenían razón y que es indisputable su superioridad.

En fin, María, ceso de escribir porque se me acabó el gas, como se suele decir; en el correo siguiente te hablaré del teatro, que no he visto aún, y de algunas otras cosas.

Madrid, Febrero 15 de 1871.

QUERIDA MARÍA:

Dirás que me he olvidado de tí porque hace mucho tiempo que no te dirijo mis letras; pero las muchas ocupaciones que me han rodeado en el estudio, me han impedido tener este gusto.

Hoy que me hallo un poco desocupado voy á cumplir contigo este agradable deber de la amistad.

Voy á hablarte ahora de teatros como te ofrecí, aunque será muy poco, porque el asunto no se presta para más.